

CAPITULO XIV.

CONDUCE EL PADRE DE FAMILIAS OBREROS A SU VIÑA, Y A TODOS PAGA IGUALMENTE; UN HOMBRE RICO PIDE CUENTAS A SU MAYORDOMO, Y EL MAL RICO ES SEPULTADO EN EL INFIERNO, MIENTRAS LAZARO EL MENDIGO ES COLOCADO ENTRE LOS AMIGOS DE DIOS.

Insondables son los tesoros de la misericordia y de la gracia del Señor, siempre incomprensibles y adorables los designios de su providencia: en verdad que el que quiera examinarlos y sondearlos percibirá envuelto en el océano inmenso de su grandeza. Preciso es pues adorarlos y seguir constantemente las inspiraciones de la gracia y los llamamientos de la misericordia. Se conoce que penetraba bien el Salvador el corazón de los judíos cuando les proponía premios tan grandes como los que acabamos de ver en el capítulo anterior, para estimularlos á que le siguieran y á que amasen sinceramente á aquel, que á mas de las riquezas temporales, siempre llenas de peligros para los que buscan la salvacion eterna, y acompañadas de inquietudes y cuidados, sustituía para el tiempo de la vida presen-

te una tranquilidad inalterable fundada en los cuidados de la divina Providencia, y después de la muerte un reino eterno en la morada de los bienaventurados. Pero el Maestro divino con su infinita sabiduría estaba previendo que estos hombres, ciegos con el amor de las riquezas y endurecidos con su codicia, cederían á las naciones unas ventajas que no sabrían estimar, y que abrazarían los gentiles lo que ellos despreciaban, concluyó su interesantísima instruccion con esta muy triste profecia para los judíos: *Muchos de los primeros serán los últimos, y los últimos serán los primeros*; esto es, muchos de los judíos que han sido de los primeros llamados, serán los últimos en mi Iglesia, que es el reino de Dios sobre la tierra. Serán tan pocos, que apenas podrán ser contados por algo. Por el contrario los gentiles, que serán los últimos que se convide, vendrán en número tan grande que darán su nombre en mi reino, y la congregacion de los fieles mis discípulos, extendido por toda la tierra, se llamará Iglesia de las naciones.

A la verdad, Jesucristo habia exigido de los apóstoles una renuncia efectiva de todas las cosas, de todos los negocios temporales, de las solicitudes del siglo, de los bienes y riquezas, y aun de su misma familia y parentela, para confiarles la predicacion del Evangelio. Y sí convenia y era necesario, y solo de este modo podia realizarse la conversion del mundo y consolidarse el establecimiento de la Iglesia. Pero Jesucristo, infinitamente sabio y previsor, conocia bien la siniestra interpretacion que algunos de sus enemigos habian de dar á estas y otras expresiones salidas de su boca, y que habia de salir poco tiempo después de la de sus discípulos; y para que entendiesen la predicacion que les hacia, ó por lo menos para ponerlos en estado de entenderla con extension cuando vieran el cumplimiento de ella, se la expusó con mas individualidad en una misteriosa parábola: *Semejante es, les dijo, el reino de los cielos á un padre de familias que salió al amanecer á alquilar jornaleros para su viña. Reino de los cielos es aquí, segun lo entiende el mismo Jesucristo, la parte de la Iglesia que milita en el suelo, cuyos miembros, conociendo y adorando, temiendo y amando al verdadero Dios, se preparan para unirse con la otra, que goza de él en*

la patria. Dios, que es el gran Padre de la familia del mundo, después del principio de él, que finó en su creación, fué escogiendo personas en cada una de sus edades para que cultivasen esta viña. No necesitaba manos materiales para que la labrasen y cultivasen hasta que diese fruto; bien pudiera haberlo hecho por sí mismo, pero quiso honrar á sus criaturas dándoles parte en la obra de la agena santificación, que es mayor que haber creado el cielo y la tierra. Viña suya es también nuestra alma, plantada con su predicación, cercada con su ley, regada con su sangre, guardada por sus ángeles, cultivada por sus apóstoles y ministros, y confiada en fin á todas las criaturas para que trabajen en ella y no dejen que las fieras de las pasiones la talen y le roben su hermosura y la belleza de sus frutos. Escogió los jornaleros y propuso á cada uno el premio de su jornal, que había de ser un denario, y hecho el precio y el contrato los envió á trabajar á su viña.

Pacto es de rigurosa justicia y deber sagrado del hombre, contribuir con el trabajo de todo el día á Dios su Señor y Hacedor supremo; débele las obras y afectos de toda su vida, por las que Dios le le promete el cielo en pago de todas ellas. Estableciendo Dios este concierto de su viña, dió valor á nuestras obras, subiólas de punto sobre sí mismas, haciendo que valiesen por su gracia lo que por sí solas no valían. ¿Quién no se alienta á trabajar en su salvación viendo esta escritura pública, en la que se obliga Dios á pagar las obras cristianas á peso de cielo? Fiel es el Señor y cumplirá lo pactado. El nos ha puesto en este mundo para trabajar y no para descansar; para obrar nuestra salvación y no para acumular riquezas. Todo el trabajo de la vida, sea corta ó sea larga, no es mas que el trabajo de un día, después del cual recibiremos nuestra recompensa. Dios nos llama y busca para este trabajo desde por la mañana hasta por la tarde; esto es, desde el principio hasta el fin de nuestra vida. Nos llama con inspiraciones por medio de los ángeles, de predicadores y de confesores, de buenos libros y de buenos ejemplos, y aun por medio de la prosperidad y de la desgracia. Sin cesar reprendre nuestra pereza y el poco cuidado que ponemos en el negocio de nuestra salvación, diciéndonos día y noche: Id á trabajar á mi viña y yo os daré vuestro jornal.

¿Cuánto no se trabaja en una viña para hacerla fecunda? Se ata, se poda y se estercola. Lloro la vid cuando se poda, y si tuviese sentido se lamentaría quejándose de que se le hacía mal; mas el labrador le respondería que esto era necesario para su bien, porque de otro modo no daría fruto, sería cortada y arrojada al fuego. Lloramos y nos entristecemos cuando Dios nos quita los bienes, la salud ó aquello que mas amamos, y sin razón nos quejamos de Dios; seguramente que si no obrase así con nosotros, no daríamos fruto alguno. Preciso es pues que cada uno tome aquí la podadera y corte aquello que en su corazón encuentre superfluo, porque no hay sino un remedio, y es, ó sufrir aquí el hierro ó después el fuego; esto es lo que nos quiso significar el mismo Dios cuando en el libro de los amores purísimos de Dios con nuestra alma nos dijo [1]: *Cazadnos las raposas pequeñas que talan y destrozan nuestras viñas*. Tan grande es el cuidado que quiere que tengamos, no solo en el cultivo, sino en la custodia de la viña de nuestra alma; así es que se quejó por boca de David de que se hubiese destruido su cerca, porque así estaba expuesta á que la vendimiasen todos los que pasaban por el camino, y añadió: El jabalí de la selva la ha destruido, y la fiera solitaria se cebó en ella [2].

De otro modo muy particular significa también esta viña la Iglesia santa que Jesucristo ha plantado y regado con su sangre. Los operarios son los varones apostólicos que han sido llamados para su cultivo, y serán recompensados abundantemente después de su muerte si trabajasen en ella como es justo y debido, pues á esto son enviados. ¡Bienaventurados aquellos que trabajan por la salvación de las almas! Este empleo es á la verdad laborioso, se necesita sufrir el peso del día y del calor para salir bien con él. A Timoteo decía san Pablo: *Trabaja en todo y cumple con tu ministerio. . . trabaja como buen soldado de Cristo*. ¡Oh! ¡cuán glorioso y ventajoso es para el hombre este trabajo! ¡Qué noble, qué santo, útil y meritorio! ¡Cuánto se afanan en trabajar noche y día en la viña del demonio, y cuán pocos cuidan de trabajar en la de Cristo! El

[1] Cant. cap. 2, v. 15.

[2] Psal. 79, v. 13.

que no da buen ejemplo y causa escándalos, induciendo á otros al pecado, este tal puede decir con verdad que es ministro de Satanás y que trabaja en su viña, cuyos racimos están llenos de vino de áspides y de hiel de dragones, que servirán para embriagarle después en el infierno. Solo el que edifica al prójimo y le trabaja con sus discursos y buenos ejemplos, solo este puede decir con verdad que obra con Dios la salvacion de otro. ¡Oh viña mia, dice el Señor, que yo he escogido entre todos los árboles! Viña que yo he plantado con mis manos y regado con mi sangre. ¿Por qué me has dado un fruto amargo y un vino tan áspero? ¿Acaso no te he cultivado yo bastante? Cantaré á mi amado el cántico de mi primo á su viña. Mi amado tenia una viña que habia plantado en tierra fértil y abundante. La rodeó con su cerca, edificó una torre en medio de ella y construyó un lagar; esperaba que le produjese buen fruto, y ella no produjo sino un fruto silvestre. Ahora pues, habitantes de Jerusalem y varones de Judá, sed vosotros los jueces entre mí y la viña. ¿Qué debia yo haber hecho y no hice? ¿Tenia yo razon de esperar me diese buena uva y no agradece? Pues ahora os mostraré lo que yo haré con mi viña: le quitaré la cerca y quedará expuesta á los ladrones; derribaré sus muros que la defendian, y será de todos pisada. ¿Qué dirán á esto los que tan ciniga, presuntuosa y escandalosamente han metido su devastadora hoz en el amenísimo viñedo de la Iglesia! De la boca del Viñador supremo salió ya la mas espantosa sentencia: *A los malos destruirá y perderá malamente, y arrendará su viña á otros labradores que le paguen el fruto á su tiempo* [1].

Esta viña puede entenderse tambien por la pasion de Jesucristo, el cual fué puesto bajo la prensa de los tormentos para esprimir en ella el vino de su preciosa sangre. Es necesario trabajar en esta viña por medio de una continua meditacion de todos aquellos. Tambien esta viña puede entenderse por la sagrada Eucaristia. Por medio de la santa comunion nos unimos al cuerpo de Jesucristo, como un sarmiento á su vid, de la que recibe su alimento, su es-

[1] Mat. 21, v. 41.

píritu, su jugo y su fruto. Yo soy la vid, nos dice por san Juan [1], y vosotros los sarmientos; quien pues está unido conmigo y yo con él, ese lleva mucho fruto, porque sin mí nada podeis hacer. El que no permanece en mí será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán, y arrojarán al fuego, y arderá. Yo soy la verdadera vid y mi Padre el labrador; él cortará todos los sarmientos que no lleven fruto en mí, y todos aquellos que dieren fruto los podará para que den mas; permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros. Al modo que el sarmiento no puede de suyo producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros si no estuviéreis en mí. ¿Por ventura eres tú sarmiento verde? ¿Eres un sarmiento inútil? Todavía no has sido cortado de la vid; pero teme mucho, porque puedes serlo.

A la hora de tercia, esto es, á las nueve de la mañana, volvió otra vez á la plaza el Padre de familias, donde encontró á muchos en pié y sin ocupacion, y les dijo: Id tambien vosotros á trabajar á mi viña, que ya os daré la recompensa conveniente. Ellos se aprovecharon de tan ventajosa oferta, marcharon á la viña y se pusieron á trabajar junto á los otros. ¿Cuántos pasan la niñez y la mocedad en el ocio pésimo de sus vicios! ¿Para qué vives si no sirvés á Dios? Miseria grande es que ni aun vendido á gran precio queramos dar á Dios el corazon que de balde damos al mundo. Sin embargo, para conocer la bondad del Padre de familias, es preciso advertir que no les echó en cara los delitos y las ignorancias en que mostraban estar bien hallados, sino que les proporcionó el premio de la virtud con que los convidaba. Piedad grande es la del Señor que sale en busca de los jornaleros, aunque conoce que si no es con la paga al ojo no los puede llevar al cultivo de su viña. Dichosos los que sirven á Dios solo por agradarle; mas no desecha á los que trabajan solo estimulados por el cebo de la paga. Bueno es el interés, pues con él mueve Dios á la gente ociosa, pero de él hagamos paso para servir á Dios, sin cuidarnos del premio que tan seguro tiene la caridad. Tambien conviene notar que estos jorna-

[1] Joán. cap. 15, v. 5.

leros marcharon sin réplica alguna y aceptaron con gusto el trabajo con que se les brindaba. No opusieron resistencia á su vocacion; por esto recibieron á su tiempo el premio prometido.

A la hora de sexta y á la de nona, esto es, hácia el medio dia y á las tres de la tarde, repitió el Padre de familias esta misma operacion de salir á la plaza, y encontrando otros desocupados les mandó tambien á su viña. No se hallaron en la plaza estos jornaleros cuando salió la primera vez el Señor, pues es de creer que viéndolos entonces asimismo los hubiera mandado al trabajo. No está en mano de nadie ir al lugar dispuesto para su salvacion si Dios no le lleva. En el Señor están los pasos del hombre; solo él los puede enderezar llevándolos por el buen camino. ¿Quién guió al eunuco al sitio donde había de ser adoctrinado en la fe y bautizado? ¿Quién llevó á la Samaritana al pozo donde había de hallar el agua del cielo? ¿Quién encaminó á la otra pecadora al convite donde la estaba aguardando su canonizacion? Tan cierto es que nos habla Dios al corazon después de habernos guiado á la soledad.

A la hora undécima, que era la última antes de ponerse el sol, vió tambien en la plaza un número de hombres ociosos y en pie, á los que dijo: ¿Por qué pensais todo el dia en la ociosidad sin hacer cosa alguna? Es, respondieron, porque nadie nos da en qué trabajar. A lo que replicó el Padre: Id vosotros tambien á mi viña, y trabajad con los que allí trabajan ya. Hora desesperada era esta al ponerse el sol: ¿quién se promete hallar en aquel dia quien le de jornal? ¿Qué es esto, sino decirnos claro que no hay en nosotros edad, ni ocasion, ni tiempo, que no sea á propósito para trabajar el negocio de la eterna salud? ¿Cuántas salidas de estas hace Dios en su Iglesia buscando á los que han perdido la flor de la vida, sin acordarse de él ni proveerse de buenas obras para la eternidad? En la hora en que el hombre se vea buscado de Dios, sea mozo ó viejo, en aquella debe comenzar á servirle. Remedio tiene en la penitencia pronta y fervorosa el largo abuso de los dones de Dios y la dureza obstinada de toda la vida.

No hay duda que bien mirada la respuesta del Padre de familias encerraba una terrible reprehension contra la ociosidad de los que

por tenerla alegaron no haber hallado hasta entonces quien los condujese al trabajo. ¿Qué esperas oír tí del que al amanecer de tu vida te llamó á la fe y toda ella te está convidando con la penitencia? ¿Presumes justificar esa torpe ociosidad de tus vicios sin hallar cosa que la disculpe? ¿En qué piensan los que alcanzados de años viven lamentablemente sumidos en la desidia sin haber trabajado ni un solo dia, ni en el cuidado de su alma, ni en la Iglesia de Dios, ni en el aprovechamiento del prójimo? ¿Esperan por ventura que se les diga: Id vosotros tambien á trabajar en mi viña antes que llegue la muerte? Condenada es la vida larga del malo por la juventud bien vivida y acabada en su flor. Terrible juicio es para los sesenta ó setenta años, mal y ociosamente vividos. Los dias y los años que no puedes recobrar, llóralos amargamente empleando en el cultivo de la viña la hora última que te resta. Pues Dios te la da, pon mano á la azada; la flaqueza de la edad resárceala con el fervor del deseo y con la humildad. De algun descargo te servirá el deseo de volver á los primeros años para desvivir el tiempo que no diste á Dios. Reflexiona que abandonado á tí mismo, eres perdido si Dios no te busca. Cualquier trabajo que hicieres sin su vocacion, y su mision y su auxilio, será reputado por ociosidad; de nada te servirá para la vida eterna.

Adviértase bien que aunque reprendió á los ociosos no los desechó, antes bien les convidó con igual premio, adquirido á menos costa y con menos trabajo. Es por desgracia demasiado cierto que los viejos que pasaron ociosamente la vida, acostumbran á desmallarse y aun á entregarse á la desesperacion cuando se ven ya con la muerte á la vista. Mas ¿quién habrá, por mas años y dias que haya vivido sin hacer cosa buena, que oyendo tales nuevas de la misericordia, de Dios desespere de su remedio? Fíate de Dios un solo instante que tengas de vida, empléale en acudir á él; muy poco tiempo le basta á la caridad para resarcir lo que han destruido y dejado de ganar las pasiones. San Crisóstomo [1] observa, que en esta ocasion dice el Evangelista que halló el Padre de familias á otros ociosos *en el foro*, y nota, que por el foro debe enten-

[1] Div. Crisostom. Hom. 34 Oper. imperfec.

derse el mundo, en el que las calumnias, las injurias y las contiendas, sobre diversos negocios y sobre cosas venales, son siempre dificultades que conmueven el ánimo agitándole tumultuosamente; y que en este foro las almas de los hombres se presentan tambien como venales. A este foro ó gran mercado se presentan dos mercaderes ó compradores, estos son, Dios y el diablo. Hay algunos tan ciegos, que venden su alma al demonio por un precio muy vil; pues la venden por un pequeño deleite de la presente vida, como son los lascivos y los golosos. Otros hay que la venden por los honores y gloria del mundo, cuales son los soberbios y vanidosos. Y otros hay en fin que la venden por las riquezas y bienes temporales, y estos son los ladrones y los avaros. Huyamos de todo negocio con el diablo, porque indispensablemente hemos de salir perdiendo, y vendamos nuestras almas á Jesucristo que las compró con el precio infinito de su preciosísima sangre.

La ociosidad es la falta de las obras que de justicia se deben á Jesucristo; así es que los pecadores deben reputarse por muertos y no por ociosos. El que sirve al diablo, es muerto; el que no trabaja las obras de Dios, es ocioso. El que roba lo ajeno, es muerto; el que no da lo suyo, es ocioso. Mientras cultivares pues las obras de misericordia y en ellas te ejercitares, podrás decir que trabajaste en la viña del Señor; y advierte bien, y nunca te se olviden las palabras que con los ociosos usó el gran Padre de familias: *¿Como es, les dijo, que estais aquí, esto es, en este lugar tan peligroso, tan transitorio, tan fétido, tan lleno de abominacion y escándalos, siendo así que mejor debierais apartaros de él? ¿No conoceis que la vida es breve, el camino es largo, vuestra virtud fortaleza débil para permanecer todo el dia en tan expuesto lugar? Ahora que teneis oportunidad de tiempo y seguridad de la paga, y no de una paga cualquiera, sino de una paga inmensa, es un crimen imperdonable que permanezcáis tanto tiempo en la ociosidad sin cuidar de aprovechar en vuestra propia salud. Y aunque le respondieron que nadie hasta aquella hora los habia conducido, no creyó bastante esta contestacion para eximirles de la culpa; por cuya razon les añadió: Id vosotros tambien á trabajar en la viña, creyendo con el pensamiento, confesando con la boca y practicando con las obras todo*

aquello que yo os mando crrear, confesar y practicar. Este trabajo es indispensablemente necesario; por lo que continúa el mismo Crisóstomo: *El que no trabaja en este siglo, esto es, en este mundo, no comerá ni descansará en el futuro, esto es, en el cielo. Este dia ó este siglo, es dia y siglo de trabajos; el que sigue, si aquí se trabaja bien y con aprovechamiento, será dia de descanso; será en fin dia y siglo de gloria. Luego es claro que en cualquier tiempo y en cualquiera edad llama Dios á los hombres á la gracia y á la gloria, porque siempre hay algunos que oyendo la voz del Señor la obedecen, y por él mismo son premiados. Si la penitencia fuese verdadera, nunca será tardía.*

No solamente premia el Señor á los que llamó al trabajo muy temprano, sino que premia tambien y remunera á los que llamó á la tarde; y así llegada esta dijo á su procurador: Llama á los trabajadores. Tenia procurador, y no por eso se creyó libre de cuidarse de los jornaleros, queriendo hallarse presente á la hora de la paga. *¿Qué leccion tan importante para todos aquellos que descuidan el negocio de su salvacion, encomendando á otros que recen por ellos, ó que ayunen, ó que hagan otras mortificaciones? Dios es Señor de todo, y Jesucristo su único Hijo puede llamarse su procurador, porque en sus manos depositó el Padre el importantísimo negocio de llamar á los gentiles, lo mismo que á los judíos y á todas las naciones del universo, al seno de la nueva viña la Iglesia santa que habia venido á plantar; y puede creerse, sin riesgo de equivocarse, como dice san Agustin [1], que á él es á quien dice su Padre Eterno: Llama á los obreros ante el tribunal y dales la paga correspondiente; á saber, la paga eterna. Y adviértase que no le dice llama á los ociosos, porque á los que llama les quiere conceder el descanso, y este no se alcanza sino después del trabajo; quiere darles la alegría, y esta no se halla sino después de la tristeza; quiere darles la paz, y esta no se logra sino después de la lucha; quiere darles la corona, y esta no se consigue sino después del triunfo; por esto no le dice, llama á los ociosos, sino á los que trabajan; y al trabajo están condenados todos los hombres, cualquiera que*

[1] Div. August. Serm. 59 de Verb. Div.

sea su condicion y estado. Los grandes y poderosos arrojan fácilmente sobre los hombros agenos la carga que puso Dios sobre los suyos. De los oficios y dignidades, quieren la honra y el provecho, encargando á otros el trabajo y la molestia. ¿Quién podrá enumerar los males que nacen de este funesto principio? La tarde es el fin de la vida, en que á cada uno se ha de dar el premio de sus obras, y hasta entonces es preciso perseverar trabajando con fidelidad, el que quiere premio y no castigo. Este trabajo comprende no solo la guarda de los mandamientos de Dios, sino tambien la de las leyes y obligaciones particulares de la clase, profesion y estado de cada uno.

A todos llamó el Señor para darles la paga en el mismo dia del trabajo, no queriendo diferir aquella para el otro dia, porque tenia bien presente aquella sentencia terrible del Espíritu Santo [1]: *El que derrama la sangre y el que defrauda al jornalero, son hermanos en sus delitos*. A todos pagó con la mayor puntualidad, empezando por los últimos y acabando por los primeros; con lo que quiso igualar á los gentiles con los judíos en el galardón de la fe á que los habia llamado. No atiende Dios al tiempo, sino al mérito. Pocos instantes de fervor bastaron para sublimar al ladrón desde el suplicio de los crímenes á la silla de los justos. No hay pues por qué pedir á Dios vida larga, sino caridad fervorosa. Los que habian ido hácia la hora undécima, se presentaron y recibieron cada uno un denario, y de esta suerte se llegó hasta los que habian sido enviados al trabajo en la hora primera del dia. Imaginaban estos que habiéndose fatigado mas y hecho mas hacienda, recibirian tambien mucho mayor salario; con esta confianza se acercaron, mas no recibieron sino un solo denario como los demás, y al tomarle murmuraban contra el Padre de familias. De poco sirve vencer la codicia, domar la carne y ejercitarnos largos años en la penitencia, si de estas virtudes hacemos alimento de la soberbia, teniéndonos por mejores que los demás y por mas dignos de recompensa. En los primeros premió el Señor la humildad por la que se creian inferiores á los demás, y en estos castigó la soberbia por la que se creian

[2] Eccl. cap. 34, v. 27.

mayores. La humildad iguala á los menores con los mayores en el galardón, y casi siempre es causa de que el Señor lo anticipe. Todos somos siervos de Dios, suya es nuestra salud y vida, suyo el ingenio y el tiempo que nos concede, suyos somos siempre y en todo, pues todo le hemos recibido de él: volviéndonos nada hacemos de mas; aun así debemos tenernos por gente inútil. ¿Con qué derecho nos atrevemos á quejarnos de Dios porque nos dé menos gracias que á otros? Y cuando nos las da mayores, ¿con qué facultad pretendemos que nos da lo que nos corresponde?

Esto seria propiamente hablarlo gloriarse la criatura en sus obras y no tener por dones de Dios los buenos pensamientos, deseos y obras que le hacen digno del cielo. ¿Cómo seria posible que murmurases contra Dios si conocieras que nada eres en su presencia, y que los premios que esperas son únicamente dones de la bondad liberalísima del Señor? Dase el dinero primero á los últimos, continúa san Agustín, aunque es cierto que se da sucesiva y juntamente á todos. Aquellos empero que le reciben después del trabajo de una ó de pocas horas, le reciben primero que aquellos que trabajaron muchas y después lo recibieron. Y san Crisóstomo añade [1]: Justicia fué el dar á todos; pero el dar primero á los últimos no fué contrario á la justicia, sino demostracion de la misericordia, puesto que á los demás se les dió igualmente, y la misericordia del Señor no tiene otro orden para su distribucion, sino su propia voluntad, que siempre mira antes al corazón del que obra para conocer el mérito, que el tiempo que se empleó en obrar. De aquí nace que los que desconocen este método de la Providencia, se quejan injustamente de Dios cuando envidian la preferencia con que su gracia trata á los humildes. Con la misma injusticia murmuran contra el Señor y acusan su justicia, con lo que se cierran ellos mismos la puerta de la clemencia, y en vez de dones no reciben después sino castigos. Murmuraban los descontentos contra el Padre de familias y decian: Estos últimos solo han trabajado una hora y les has igualado con nosotros que hemos llevado el peso del dia y del calor. Aborrece Dios sumamente estas comparaciones con que el

[1] Div. Crisostom. Hom. 34 ibi.

hombre acostumbra atrevido á tomarle alguna vez residencia acerca de la distribucion de sus gracias, sin advertir que el premio no corresponde á las buenas obras consideradas en sí sin la gracia en donde proceden, la cual si es mayor, aun con menos trabajo, tiene mayor premio; porque lo que Dios atiende y premia, es la fidelidad, la humildad, la perseverancia, la pureza de intencion y las demás virtudes que coronan las obras que hacen. Aquellos obreros no representaban su trabajo para ensalzar la gracia y la misericordia, sino para acrecentar el premio. Desgraciados son todos aquellos que se quejan como aquellos desventurados obreros; por esto, aunque san Pablo dijo: *Que habia trabajado mas que los otros*, no se le olvidó decir antes y después, *que lo que era y lo que hacia lo debia á la gracia* [1]. La gracia de Dios es la que nos distingue; la humildad, empero es la que conserva sus dones.

No perdió el Padre de familias su natural templanza, á pesar de la injusta murmuracion del obrero, y así es que le dijo: *Amigo, no te he hecho injusticia alguna ni agravio. ¿No convenisteis conmigo en un denario por nuestro jornal? Tomad lo que se os debe, y marchad en paz. Por lo que á mí toca, yo quiero dar al último de los trabajadores lo mismo que á tí. ¿Por ventura no me es permitido hacer lo que quiera? ¿Habeis de mirar las cosas mal porque yo soy bueno, ó no podré ser yo liberal sin que vosotros seais envidiosos?* No hay duda que es enérgica, severa y vehemente esta reprension, aunque sea tan mansa y moderada; ella es por su energía la que únicamente merece la soberbia humana, aspirando orgullosa á la indagacion de los juicios de Dios, y atreviéndose á condenar de justicia lo que no comprende. Donde no hay deuda y todo se da de gracia, no puede haber injuria. ¿Cómo te quejas pues de la providencia de Dios? ¿Por qué dices, á aquel da Dios tantos bienes y á mí nada? ¿Aquel está sano y yo enfermo? ¿Quién eres tú para altercar con Dios? Humíllate ante él, adora sus juicios, y el tiempo que gastas en quejarte de tu piedad emplealo en implorar su misericordia. Dale gracias porque cumplió en tí sin ningún mérito tuyo todas sus promesas. Pudo no llamarte y te la-

[1] Div. Paul. Ep. I. ad Corinth. cap. 5, v. 10.

mó, y al llamamiento añadió el pacto del premio y te lo dió con la mayor fidelidad. Conténtate pues con lo que el Señor te da, y nunca despliegues tus labios para quejarte y murmurar, sino para agradecer, alabar y cantar eternamente las misericordias que el Señor usó contigo. Si recibiste mas, no desprecies á tu hermano, y si menos, no desesperes, pues indicio es de que tiene dañado el corazón el que convierte la bondad de Dios en estímulo de la envidia, escandalizándose del bien que hace á los pecadores.

De esta manera concluyó el Salvador: *Sucedará que los últimos serán los primeros, y los primeros serán los últimos; porque muchos son los llamados y pocos son los escogidos.* ¿Quién oye esto y tiene ánimo para preferirse á nadie, por pequeño y despreciable que sea? Temamos y humillémonos siempre; nadie se fie de sí, aunque lleve cien años de penitencia. Mas nadie desconfie de Dios, aunque no haya hecho cosa buena en toda su vida. Nada presumas, aunque tengas la fe de Pedro, ni te arrojes como Júdas en el caos de la desesperacion, aunque seas traidor como él. El que hoy está lejos de Dios, tal vez mañana recibirá de él una gracia extraordinaria, y luego gloria proporcionada á ella. Y el que ahora es muy santo, tal vez mañana enflaquecerá y caerá desgraciadamente en alguna culpa.

Muchos son los llamados y pocos los escogidos. El diluvio inundó la tierra, y solo se encuentran en ella ocho personas que se salvan. Seiscientos mil soldados salieron de Egipto y solos dos entraron en la tierra de promision. Se siembra todo un campo, y solo rinde fruto una cuarta parte, y tal vez menos del grano que en él se arroja. Solo dos puertas hay para entrar en la eternidad, una grande y otra pequeña: por la grande se entra en la eternidad infeliz, por la pequeña en la eternidad dichosa. Y solo dos caminos hay para ir al otro mundo, uno ancho y otro estrecho: el ancho conduce al infierno, el estrecho al paraíso; aquel es mas trillado que este, por esto aunque son muchos los llamados son pocos los escogidos: porque son mas los que prefieren andar el camino mas ancho y sembrado de rosas, que el mas estrecho y sembrado de espinas. Para ser de los escogidos es indispensable andar por el camino estrecho, es forzoso pisar las espinas, esto es, mortificar los sentidos, reprimir

las pasiones, hacer una continua violencia á nuestra naturaleza, oprimiéndola, por decirlo así, y privándola, no solo de los deleites ilícitos, sino tambien de muchos que le son permitidos; quitarle lo superfluo, dejándole solo lo necesario, y haciéndole en fin observar todos los mandamientos, y tambien alguna vez los consejos, por costosos y difíciles que sean. ¿Cuántas veces tiene la criatura de temer, y en cuán gran peligro se halla siempre de su salvacion? ¿Por qué fatalidad no se preguntará á sí misma, me hallo en el camino ancho, ó en el menos trillado y estrecho? ¿Vivo como los mundanos, una vida cómoda y deleitable, ó hago penitencia y mortifico mi carne? Bueno sería que llamándose á conferenciar con su propia alma se repitiese siempre á sí misma: *Muchos son los llamados y pocos los escogidos*; si quiero ser del número de estos, preciso es caminar por la senda estrecha de la penitencia que conduce á la salvacion eterna, y huir de la espaciosa y ancha que guia á la perdicion. Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que conduce á la perdicion, dijo el mismo Jesucristo por san Mateo [1], y muchos son los que entran por él. ¿Qué angosta es la puerta y qué estrecho el camino que lleva á la vida, y pocos son los que atinan con él! Y por san Lúcas [2] tambien dijo á los que lo seguian: *Porfjad á entrar por la puerta angosta*. David, para quien no estaban escondidos estos caminos, y á quien tampoco se ocultaban los de la misericordia y bondad de Dios, le decia con frecuencia [3]: Muéstrame, Señor, tus caminos y enséñame tus sendas. Y en otra parte le repetia [4]: Mira si hay en mí algun camino de iniquidad; esto es, si yo ando por algun camino malo, y guíame tú por el que conduce á la vida eterna, desviándome de Aquel que conduce á la perdicion. Esto mismo conoció perfectamente el sabio; y para enseñar á los hombres escribió en el libro de los proverbios [5]: Hay un camino que al hombre le parece recto y seguro, pero su fin conduce á la muerte.

Dios quiere que todos los hombres se salven; ilumina con su luz

[1] Math. cap. 7, v. 13.

[2] Luc. cap. 13, v. 24.

[3] Ps. 24, v. 4.

[4] Ps. 138, v. 24.

[5] Proverb. cap. 14, v. 12.

á todos los que vienen al mundo; á nadie niega su gracia; entregó su Hijo á la muerte por la salvacion de todos los pecadores. Nunca abandona al hombre si este no se abandona á sí mismo. ¿De dónde nace pues que son tan pocos los que se salvan? Nace de la corrupcion de la naturaleza y de la fuerte inclinacion al mal. Nace de la poca violencia que al hombre se hace para vivir segun las máximas de Jesucristo tan opuestas á las del mundo. Nace de no pensar en Dios ni oír su divina palabra. Y nace por fin del desprecio que mientras vivimos hacemos de Dios, sin querer tener en cuenta que Dios desprecia en la muerte á los que á él despreciaron en la vida. Rara vez deja el demonio en la muerte aquella presa que ha tenido en su poder durante toda la vida. Todos llevan al sepulcro los vicios de los primeros años; ellos penetran hasta la médula de sus huesos, y con ellos duermen en las cenizas del sepulcro; así lo dejó escrito el esclarecido varon de Hus [1]. ¿Qué extraño es, siendo esto así, que tantos se condenen y tan pocos se salven? Ni tampoco lo es que por boca de Oseas dijera Dios al ingrato Israel [2]: Si te pierdes, ¡oh Israel! será por culpa tuya; si te salvas, será por gracia y misericordia mia; en mí está tu socorro, y este jamás á nadie ha faltado.

Por último, es preciso advertir tambien que el pecado detestable de la envidia se dejó ver con toda claridad en los trabajadores que murmuraron del Padre de familias, porque dió tanto á los últimos como á los primeros. Si los hombres conociesen bien lo abominable y feroz de esta pasion que con tanta frecuencia les domina, seguramente que la huirian con todas sus fuerzas. Es la envidia una pasion negra y diabólica que hace su infierno del paraíso de los bienaventurados, y su paraíso del infierno de los condenados. Es una pasion estravagante que busca siempre la luz y no la puede sufrir; que mira siempre la virtud y no puede soportar su esplendor. Es una pasion injusta é irracional que aborrece al hombre porque es bueno, y le acrimina porque es feliz é inocente; que quisiera enturbar la fuente de toda bondad y romper la unión que inatene el comercio entre la naturaleza, la gracia y la gloria. Es una pasion

[1] Job. cap. 2, v. 11.

[2] Ossee. cap. 13, v. 9.

temeraria que se atreve á censurar la Providencia divina, y quisiera quitarle el gobierno del mundo porque honra y favorece la virtud. Es una pasion infernal cuya pena de daño es la felicidad de los otros, de la que el envidioso se ve privado, y la pena de sentido es el fuego que la abrasa y el gusano que la roe. Es una pasion maligna que combate contra el Espíritu Santo, ofendiéndose porque hace bien á los hombres, y derramando su veneno sobre todas las gracias que los hacen dignos de ser amados, las denigra y desprecia. Es finalmente una pasion desesperada y un mal que no admite cura, porque detiene el manantial de las gracias de que están privados los envidiosos, y no halla su remedio sino en la ruina de la inocencia.

Muy fácil es de conocer en qué grado se halla la envidia de los jornaleros que murmuraban contra el Padre familias, porque este pecado tiene como otros su mayor ó menor gravedad, segun el mayor ó menor mal que se desea al prójimo, ó segun el mayor ó menor bien de que se quisiera verle privado. Aflijanse de la prosperidad de su prójimo, y se hubieran alegrado de que ni aun la cuarta parte de un denario se les hubiese dado. Este parece ser el primer grado de la envidia. Sentir pena por los bienes espirituales que el prójimo recibe de Dios, es el segundo. Y disgustarse de los que del mismo Dios recibe en el orden de los bienes sobrenaturales, como son los de la gracia, de la virtud, de la perfeccion y de la santidad, este es el tercer grado. El envidioso tiene en todos estos grados el pecado de Satanás, y deberá sufrir por consiguiente el mismo suplicio que él. Por la envidia del diablo entró la muerte en el mundo, dice el Sabio [1]; por consiguiente, no debe causarnos admiracion de que cuando reina tanto la envidia, se hagan los hombres mutuamente una guerra tan mortal y desastrosa, que sea preferible, ó enterrarse para siempre en la soledad huyendo con precipitacion del mundo, evitando la comunicacion y el roce con todas las criaturas, ó desear morir en verdad en el ósculo y paz de Dios á trueque de no presenciar tantos males y desgracias como continuamente en el mundo suceden á causa de la envidia.

[1] Sep. 2, v. 24.

La conclusion de esta parábola misteriosa del Señor nos suministra como su propio exordio su mas clara inteligencia; en toda ella no vemos sino una larga comparacion entre los judíos y los gentiles. Aquellos que fueron los primeros llamados á la Iglesia de Jesucristo, se han excluido de ella por su envidia contra las naciones; y los gentiles, que llamados los últimos, han tomado el lugar de los judíos y les han precedido en el reino de Dios, del cual son ellos la mas noble y mas numerosa porcion; y si volvemos á examinar por partes toda la parábola explicada, reconocemos cada vez mas, y no encierra ni una sola palabra que no entre necesariamente en su economia para formar un todo completo. Y por último, se nos descubren con toda claridad las atroces murmuraciones de los judíos contra los gentiles, ó por mejor decir contra Dios, cuando vieron que ya no se hacia por el Salvador aquella distincion grande y sobremanera honrosa que por tantos siglos hizo á los hijos de Abraham la porcion amada de la herencia del Señor, y singularmente su pueblo. Ellos miraban al reinado del Mesías como el premio que se les debia por la observancia de la ley, prometiéndose por lo mismo el restablecimiento de su antigua superioridad. Así es que no podian sufrir que se recibiesen en la Iglesia del que se llamaba Cristo, las naciones, sin sujetarlas á las leyes del judaismo; esto es, á la circuncision y á sus obligaciones, á la necesidad de ofrecer sus sacrificios en el templo antiguo, y á la obligacion de reconocer á Jerusalem como silla del reinado de Israel y centro del culto público. Nadie ignora por las tradiciones apostólicas, y mas por el que fue apóstol de las gentes, que este fué para los judíos el escándalo grande, y que esta igualdad, junta con la abolicion de la ley, fué el obstáculo mas invencible que encontraron siempre para la conversion de los hijos de Jacob. Las disputas grandes de san Pablo con los celadores de la Sinagoga giraban muy particularmente sobre esta vocacion gratuita y general de todos los hombres al Evangelio y á la Iglesia de Cristo, sin distincion de judío, griego, seíta ó hebreo, de circuncidado ó circunciso.

Público es tambien y notorio que san Pablo no solo respondió, sino que pulverizó constantemente estas quejas injustas y murmuraciones de los hebreos, demostrándoles hasta la evidencia que Dios

no les hacia injusticia; que no les habia prometido conservar la ley; que solo era preparacion para el Evangelio; que su Majestad los habia distinguido confiándoles el depósito de sus oráculos, haciendo que naciese el Mesías de su nacion, y empezando por ellos si lo querian, el establecimiento de su nuevo culto. Vosotros, les decia, no lo habeis merecido. Dios quiere hacer entrar en su Iglesia á los extranjeros, que no lo merecen como vosotros. Quiere dar á los gentiles que creyeron como los fieles de entre los judíos la cualidad de hijos suyos herederos de su reino, coherederos con su Hijo Jesucristo. Nada se os quita, les añadió, sino es una ley que no justifica. A los otros se da gratuitamente lo mismo que á vosotros. ¿Qué razon tenéis pues de murmurar, y de qué tenéis atrevimiento de quejaros?

A pesar de tan claras explicaciones, san Pablo y los demás apóstoles ganaron poco sobre los ánimos heridos de los israelitas. La Judea se resistió siempre, y Jerusalem en particular se señaló con sus excesos. De aqui proviene que los judíos miraron constantemente el Evangelio como el escollo de su gloria, y se apartaron de él; y los gentiles por el contrario, lo miraron como término dichoso de su ceguedad; por lo que han sido recibidos en crecido número en el reino de Dios; no porque los judíos no habian sido llamados los primeros y en número grande, sino porque pocos de ellos correspondieron á la vocacion y quisieron tener parte en la sociedad de los discípulos del Mesías. Este fué pues el pecado de los judíos, y por él dijo Jesucristo que los primeros llamados serian los últimos, y los últimos vendrian á ser los primeros. No es esta la única prediccion en que Jesucristo anuncia á los judíos incrédulos su dureza y sus desdichas. Siempre continuó su Majestad en procurar que las temiesen hablándoles bajo diferentes figuras que aseguran mas y mas el sentido que se acaba de explicar, y que unas y otras se sirven mutuamente para la mayor claridad; pues tanto esta como las otras parábolas que siguen, todas indican que cuanto mas se acercaba el fin del Salvador, mas redoblaban los avisos y amenazas para traer al redil las ovejas descarriadas de la casa de Israel, de cuyo penoso cuidado se habia encargado él personalmente; y así, conociendo con su infinita sabiduría que habia llegado la hora duo-

décima y última del dia, no quiso perder ni un solo momento en procurar la salud de un pueblo indócil, que de todo sacaba utilidad y provecho para procurar el suplicio mas afrentoso á su Dios y Redentor.

Seguido estaba el Señor de sus apóstoles y discípulos, y de una tropa bastante numerosa del pueblo, á la que se habian agregado muchos fariseos, gente avara, dura é interesada; y como todo su conato se dirigia á inspirar la humildad, la mansedumbre y la pobreza á los que le seguian y habian de ser como el plantel y semilla de su nuevo pueblo, propuso seguidamente dos insignes parábolas sobre el uso de las riquezas. En la una quiso enseñarles el empleo que debe hacerse de los bienes, repartiéndolos en limosnas abundantes, principalmente cuando en adquirirlos ó en poseerlos puede haber alguna sospecha de injusticia y es conocido su propio dueño. En la otra anuncia con un modo no menos fuerte que sensible, el castigo severo que se reservaba en la eternidad para los ricos sin compasion; pero como los fariseos se daban luego por ofendidos y la codicia es un mal, cuyas raíces con dificultad se arrancan y fácilmente brotan hasta en los estados y condiciones mas santas, para evitar la esquivéz é ingratitud de aquellos, dirigióse el Señor á sus discípulos y les dijo: *Un hombre rico tenia un mayordomo encargado de la administracion de los bienes que tenia en el campo, y este fué acusado á él como dissipador de aquellos, y que se regalaba con ellos á expensas de su señor. Teniendo esta noticia, lo mandó llamar y le dijo: ¿Qué es esto que me cuentan, y oigo decir de tí? Dame cuenta de tu mayordomía, pues estoy resuelto á no emplearte mas en el cuidado y administracion de mi hacienda.*

Mayordomos somos de Dios todos los hombres. Bienes del Señor son el ingenio, la salud, la vida, la riqueza y los demás dones. Depositados están en nuestras manos para que usemos de ellos, no segun nuestro autojo y capricho, sino conforme á su voluntad y á sus leyes, quedándose señor de todo y con derecho para quitarnoslo ó pedirnos cuenta de ello cuándo y como quisiere. Todo nos lo ha dado Jesucristo, Dios y Señor nuestro, repartidor único, supremo y absoluto, para que nos sirvamos bien de sus dones; esto es, para que le alabemos, le glorifiquemos, le amemos y hagamos que le